

## BAHIANOS Y BANDEIRANTES

Vacilamos un tanto antes de poner título a este paralelo que vamos a intentar sobre dos tipos de hombres del Brasil actual, cuyas modalidades e idiosincracia pretendemos haber sorprendido en una reciente visita a nuestros vecinos. “Bandeirante” es hoy sinónimo de paulista, pero nuestras lecturas nos informan que también los bahianos, en tiempos de la Colonia, fueron tras las “bandeiras” en procura de conquistas y riquezas, aunque bien presto el clima enervante del trópico y la hostilidad de los sertones les hicieron preferir las suaves brisas de su inmenso y bien abrigado golfo.

En los paulistas no se ha interrumpido el impulso inicial; sólo ha cambiado de rumbo. Siguen siendo los mismos aventureros. Fueron los bandeirantes y mamelucos de San Pablo quienes ensancharon las fronteras del Brasil, conquistando tierras para la Corona de Portugal y esclavos para sus fazendas. En sus épicas y audaces arremetidas llegaron hasta las márgenes del Paraguay, merodearon en las del Plata y aun en las sierras del Perú, poniendo en graves aprietos a los gobernadores y virreyes que nos enviaba la metrópoli. Cuando ya no hubo tierras que conquistar, ni indios para esclavizar, talaron los bosques, abrieron caminos, fundaron ciudades y se dedicaron a cultivar los campos, sembrando café, algodón, arroz, caña de azúcar. Ahora emplean sus energías en empresas industriales. Levantan fábricas y rascacielos. El impulso ha tomado un sentido vertical, disputándole espacio a las estrellas. Los paulistas deben tener sus ascendientes en los constructores de la torre de Babel. Si no se

los detiene, serán los primeros excursionistas que llegarán a la Luna.

Quizá no hayamos logrado una penetración profunda en la psicología de estos hombres-tipo, dado que nuestra convivencia con ellos fué acaso demasiado breve, pero debemos advertir que coincidimos con las observaciones de ese eximio captador de almas que fué Stefan Zweig, quien nos los describe admirablemente, con rápidas y seguras pinceladas, en su libro "Brasil, país del futuro". Sólo que Stefan Zweig esboza en cuatro líneas lo que nosotros desarrollaremos en treinta páginas, con el aporte de anécdotas y episodios que el novelista no tuvo tiempo u oportunidad de conocer.

Bahía y San Pablo no son ciudades rivales. Son centros económicos, políticos y culturales de regiones distantes y diversas, pero se disputan cierto predominio en la formación espiritual del Brasil. Han gravitado en el fiel de la balanza política. Ambas ciudades han dado al país ilustres estadistas. La especialidad de Bahía son los ministros de Estado; San Pablo "manufactura" presidentes.

Bahía, que fué capital en los primeros tiempos de la Colonia, está situada en el extremo nordeste de ese "continente en forma de arpa" que se llama Brasil. No sólo es notable por su doble aspecto de *ciudad alta* y *ciudad baja*, comunicadas por ascensores, por el colorido de sus "ruas" coloniales, por sus numerosas y artísticas iglesias, por el plácido paisaje que le pone marco, sino... ¡por que tiene a los bahianos!

San Pablo, en el centro-sud de la llamada orla oceánica, sobre una elevada meseta, a cien kilómetros de la costa, es la Nueva York de Sud América. Vive en perpetua fiebre, con el pulso acelerado. Es la ciudad donde se termina de construir una casa cada quince minutos. Sus rascacielos suben y suben, en permanente competencia, ganándoles en altura a los de Río y Buenos Aires. San Pablo también es notable... ¡por que tiene a los paulistas!

Actúan en estas dos ciudades hombres arquetipos del Brasil de nuestros días, tan característicos, tan diferentes y tan defi-

nidos que, si alguna vez pudiesen mezclarse, saldría de ellos un hombre nuevo, tan completo, que difícilmente sería superado. Como un anticipo de esa mezcla, podríamos señalar la personalidad de Ruy Barbosa, el prócer civil más ilustre del Brasil. Nacido y criado en Bahía, completa su formación espiritual y recibe sus títulos académicos en San Pablo, donde se inicia en las luchas políticas y sociales. El resultado fué una mentalidad excelsa, que se manifestaba mediante un dinamismo portentoso. El que fué dos veces candidato derrotado a la presidencia de la República, y que “pretendió llegar”, porque había actuado en San Pablo, y que “no quiso llegar”, porque había amamantado su espíritu en Bahía, deja doscientos volúmenes de discursos, ensayos y proyectos.

Ser bahiano significa en Brasil ser algo muy particular, dada su especial idiosincracia, la simpatía que irradia, su vivacidad mental y el sentido llano y amable que tiene de la vida.

El tiempo ha detenido su marcha en la Bahía de Todos los Santos. Para el bahiano el reloj es, cuando más, un adminículo que sólo será observado para llegar exactamente a una cita, porque ello forma parte de su proverbial cortesía. Pese a las numerosas torres de sus iglesias, no hay casi relojes públicos en Bahía. Los relojes sólo se necesitan donde existen horarios y hombres-horarios, especímenes desconocidos en aquella noble ciudad.

El bahiano camina pausadamente por la “rua”. Se destiene una y diez veces para cambiar saludos, lembranças y encargos. El paulista lleva siempre un ritmo acelerado. No mira a derecha ni a izquierda.

El bahiano, cuando está de visita, cruza las piernas y sonríe. No se apura para iniciar la conversación. Sonríe. Espera que hable primero el dueño de casa. El paulista, en cambio, parece nervioso, se expide rápidamente, consulta el reloj, apremiado por mil cosas, torturado por graves problemas. Se despide a los cinco minutos.

El bahiano se entrega al primer apretón de manos. El paulista, como hombre de lucha y de garra, desconfía. Pero tiene mucha razón. Actúa en una ciudad agitada y cosmopolita, entre

gentes extrañas, venidas de todas partes. Se parece, en ello, al argentino de nuestros puertos del Litoral. Pero, cuando el paulista ha observado, reconocido y aquilatado a su posible amigo, ya no se vuelve atrás. Puede creérsele indiferente, pero no lo es. Usa sólo una máscara para defenderse de un probable competidor o de un futuro agresor.

Para señalar el "modus" paulista voy a relatar una escena que me fué dado presenciar en una calle de San Pablo. Un hombre joven se me adelanta, caminando a toda prisa. Un bobalicon, "rara avis" en aquel ambiente, le da un encontronazo, haciéndole caer los lentes que, por fortuna, no sufren rotura. El embestado los recoge con rapidez, se los cala y sigue su camino sin proferir una sola palabra. El culpable sigue también el suyo, sin intentar siquiera una disculpa. Todo ha ocurrido en menos de cinco segundos. Apenas si ha mediado entre ambos una mirada, que ni siquiera fué de reproche. Aseguraría que sólo fué de sorpresa.

El bahiano es afable, locuaz. Le agradan las finas ironías y las buenas maneras. Los caballeros, como en tiempos del Imperio, aún besan la mano a las damas cuando saludan. El bahiano lo visitará diariamente en el hotel o se informará por teléfono, todas las mañanas, del estado de su salud y de si ha pasado agradablemente la jornada anterior. La señora bahiana hará llegar a la esposa del huésped un ramo de flores o le traerá un delicado presente.

El amigo paulista desaparecerá por varios días y hasta podrá creerse que el huésped ha sido olvidado, pero se anunciará de pronto por teléfono, apareciendo horas después con una gran comitiva. Ha organizado una expedición fantástica. Lo conducirá en un automóvil a cien kilómetros por hora sobre peligrosos caminos de montaña, se atravesarán bosques y valles, se navegará en una represa tan extensa como nuestros lagos cordilleranos, le hará visitar fábricas, usinas, hospitales, laboratorios y escuelas con ritmo cinematográfico, y cuando el agasajado esté ya a punto de levantar los brazos para pedir clemencia, se verá sentado en un lugar apacible, junto a un gran ventanal con vis-

tas al mar, para disfrutar del más opíparo banquete y de la más cordial de las pláticas.

Para el paulista la palabra "imposible" no existe en el diccionario. Un río de la meseta corría en cierta dirección, pero sus ingenieros invirtieron al curso de las aguas haciéndolas retroceder para aprovecharlas como energía hidráulica. Un rascacielo de la ciudad, de veinticuatro pisos, apenas construido, se inclinó setenta centímetros sobre un costado, descubriéndose entonces que una parte de San Pablo está edificada sobre el lecho movedizo de un antiguo lago. Nadie quería habitar, por cierto, esta nueva Torre de Pisa. El pueblo y la prensa lo bautizaron con el pintoresco nombre de "El Cai...cai", que significaría, más o menos: "Se cae o no se cae". La empresa constructora, velando por su prestigio, lo enderezó desde su base, gastando más millones de los que le habría costado el reconstruirlo de nuevo. ¡Si los yanquis alguna vez se habían ofrecido para poner vertical la Torre de Pisa, los paulistas no podían quedarse atrás!

El espíritu bandeirante de San Pablo en ninguna parte está mejor simbolizado que en su escudo municipal. Sobre fondo rojo, el brazo de hierro de un guerrero esgrime una pica, y lleva debajo esta leyenda: "Non ducor. Duco". No soy conducido. Conduzco. Bello y orgulloso lema que significa que los paulistas se habían adelantado en siglos a esos profesores de energía que se llamaban Nietzsche y Marinetti, precursores de los Hitler y Mussolini. Pero el lema bandeirante tiene un sentido más idealista y humano que el "vive peligrosamente" del credo fascista.

En breve será ubicado en uno de los paseos de la ciudad un monumento, obra del escultor francés Victor Brecheret, que rememora las famosas marchas de los bandeirantes. El urbanista Prestes Maia, el genial ex prefecto que transformó a San Pablo, nos lleva al taller donde podemos admirar esta obra estupenda. Se ve una caravana, que ocupará no menos de cincuenta metros de longitud. Abren camino dos arrogantes ginetes, dos mamelucos sin duda, en cuyo gesto se percibe la decisión de seguir adelante, de llegar a la meta. Síguelos un grupo a pie, que arrastra penosamente una embarcación. Unos están erguidos aun; otros

se inclinan ya agonizantes. Se ven indios, mujeres, frailes, jefes y soldados. Es la marcha por los desiertos, las selvas y los pantanales, donde van cayendo los expedicionarios, pero sin que jamás abandone a los sobrevivientes la esperanza y el inquebrantable propósito de no claudicar.

El bahiano gusta de la buena vida, de la buena mesa, de las plácidas tertulias, del ambiente de los libros. Conserva celosamente los tesoros artísticos de la ciudad y se enorgullece ante el prestigio de sus tradiciones. La historia confirma que es tan bravo como el paulista. Cuando la guerra del Paraguay, fueron los contingentes bahianos los que prodigaron, más que los de ningún otro Estado, su sangre y su heroísmo. Pero el bahiano es un cachorro que sólo pelea cuando van a buscarlo. Prefiere adormecerse echado a la puerta de la casa, mirando plácidamente pasar a los transeuntes. No ladra, pero cuando es necesario, muerde

El bahiano es el brasileño típico, el hombre del viejo Brasil, que ha absorbido la esencia de una milenaria cultura trasplantada en todo su esplendor desde la gloriosa Lusitania. El bahiano representa el pasado; el paulista futuro. No obstante, tanto el bahiano como el paulista no dejan de ser brasileños por la afectividad, la gentileza y el deseo de agradar siempre. Pero cada uno lo hace a su manera.

Se tiene en la Argentina el erróneo concepto de que el brasileño es un individuo protocolar, dado a formulismos sociales y a una excesiva cortesía. Un poco de esa leyenda ha surgido, sin duda, por comparación, al analizarnos nosotros mismos, dada nuestra ya proverbial indiferencia, nuestros prolongados mutismos y esa falta de cordialidad que va cundiendo en las ciudades agringadas del Litoral. Tenemos el retraimiento del indio y la desconfianza del extranjero, que alternamos, a veces, con la brusquedad española, que explota en denuestos y agrias palabras.

El argentino finca su refinamiento en no mostrarse curioso o siquiera afectivo. El brasileño nunca es indiferente. Pese a su heredada sociabilidad y a su cultura, presenta, a veces, ingenuidades de niño. Le agrada enseñarlo todo; desea que su país, con sus bellezas y progreso, sean admirados. Bastará una ligera ma-

nifestación de interés en el huésped por alguna cosa para que de inmediato la reciba como obsequio. Si se pide un libro, le serán enviado diez. Para ser grato a los brasileños nunca hay que demostrar falta de interés cuando se visita una institución, una oficina, un museo, un monumento, una biblioteca, un hospital o una fábrica.

He tratado en Brasil personas de todas las clases sociales: políticos, magistrados, intelectuales, industriales y trabajadores humildes. La gentileza era en todos innata, algo telúrico, que flotaba en el aire, que parecía brotar de la tierra.

Relataré brevemente algunas anécdotas.

Cuando advertí la verdadera modalidad brasileña, supe establecer la cordialidad, la camaradería, desde las primeras palabras. Hay que advertir que el brasileño suele mostrarse un poco perplejo ante el estiramiento de nuestro "porteño", muy conocido en los países de América, y que se cree es característica de todos los argentinos.

Una agudeza a tiempo, una observación vivaz, o sólo una palmadita de hombros, bastaban siempre para que desaparecieran barreras y prevenciones.

Visitaba una noche la Facultad de Ciencias Económicas de Bahía. Me había recibido, con mucha gravedad, todo el cuerpo de profesores, con su director a la cabeza. No se porqué circunstancia, pero a los quince minutos habíamos formado un grupo en un ángulo del salón de actos y reíamos todos a mandíbula batiente. Se contaban episodios de los exámenes y anécdotas de profesores pintorescos.

En San Pablo me recibe en pleno el Departamento Jurídico de la Municipalidad, que me ha declarado huésped oficial de la ciudad.

Después de los primeros saludos, pregunto a su director, el doctor Nelson Rodríguez.

—¿Cuántos son?

—Noventa abogados.

—¡Pero si esto es un peligro social!— exclamo. Y relato a continuación como el Cabildo de Buenos Aires no permitió bajar a

tierra a los dos primeros abogados que llegaron al país. El hielo se había roto de pronto y la recepción dejó de ser protocolar.

Soy agasajado en Bahía por un grupo de estudiantes, que me llevan a almorzar al pintoresco Bar Cairú, situado en la ciudad baja, donde se sirven las comidas que introdujeron del África los negros esclavos. Nos hemos quitado los sacos porque aprieta el calor. Habíamos consumido ya buenas porciones de fejuada, de acarogé, de vatapá y de peixe con ardientes condumios. Mi vesícula y el hígado enviaban angustiosos mensajes al estómago, anunciándonos una próxima catástrofe. De pronto, en medio del almuerzo, dejo de comer y pongo ruidosamente los cubiertos sobre la mesa.

—¡Esta comida —digo— tiene un defecto!

Miradas consternadas. Gran zozobra en todos los rostros.

—Sí, señores, tiene un defecto... ¡Es poca!

La angustia desemboca en carcajadas. El dueño del restaurant, que vigilaba la mesa y no tenía otro interés que su prestigio, aparece con nuevas y colmadas fuentes.

Viajo con mi esposa en el tren de Río a San Pablo. Son trece horas de viaje. Advierto que el convoy hace demasiadas esperas en las estaciones.

—¿Llegaremos a horario? — pregunto al guarda, un viejito simpático, nada estirado.

—Algunas veces suele suceder... — me dice.

Desde ese momento, cada vez que pasa, me da una palmadita en la espalda y me dice, entre cordial e irónico:

—Vamos muy bien. Sólo llevamos una hora y media de atraso.

En un pueblo así, con esta clase de gente, uno no se disgusta ni cuando los trenes llegan con dos horas de retardo.

Esta cultura del pueblo brasileño, que se revela en sus buenas maneras, no puede ser obra del acaso. La suavidad del clima sería apenas un factor coadyuvante. Muchos pueblos se han desarrollado bajo los climas del trópico y el subtropical sin verse favorecidos por estos rasgos. Sería obra de pacientes investigadores rastrear esta singular idiosincracia, que atribuyo, en buena

parte, a la cultura lusitana, trasplantada bajo el reino y el imperio, así como al desarrollo pacífico de esta gran nación, sin guerras, sin revoluciones sangrientas ni anarquías. La cultura brasileña no ha sufrido eclipses ni detenciones. Los tres grandes movimientos emancipadores, la Independencia, la abolición de la esclavitud y la República, se hicieron casi sin pérdidas de vidas. La guerra del Paraguay fué un episodio lejano, que en ningún momento comprometió el progreso del país.

Siendo San Pablo una ciudad impregnada de espíritu yanqui, la propaganda es, por cierto, una de sus características. Ya no es la publicidad fría y objetiva de Buenos Aires o Río, sino esa reclame agresiva que lleva a la competencia. Se ha dicho que los rascacielos más altos de Nueva York no se han construido en virtud de necesidades económicas sino por espíritu de competencia. Pertenecen a poderosas empresas que para lograr publicidad se habían propuesto levantar el edificio más alto del mundo. Algo de esto ocurre en San Pablo. El Banco del Estado no necesita para funcionar treinta y cinco pisos, más un mirador con otros cuatro... ¡pero los tiene! Existen edificios que van llegando ahora a los cuarenta y cinco pisos.

Pero el caso más notable de publicidad que he conocido en mi vida lo presencié en Santos, la ciudad-puerto de San Pablo, horas después de haber tomado contacto con la tierra brasileña. Después de una inolvidable ascensión al cerro de Monserrat, con sus "pasos" y "calvario", habiendo bajado a la ciudad, ambulaba con mi esposa por las calles. Admiramos la plaza Dos Andrades, un pequeño trozo de selva tropical en el corazón de la urbe, con matorrales de bambúes y unas centenarias figueiras, cubiertas de lianas y de cuyas ramas partían hacia el suelo troncos secundarios, cual el cordaje de un velero. Siguiendo nuestra excursión, llegamos a otra plaza más despejada, en la que observamos, horrorizados, entre un puesto de frutas y una tienda, tras una vidriera, dos grandes ataúdes presentados de pie. No faltaban tampoco los cirios, coronas y crucifijos del aparato funerario. Huimos hacia el navío que debía conducirnos a Río de Janeiro.

Días después, comentando este espectáculo en Bahía, al decirle a nuestro amigo, el municipalista Ives de Oliveira, lo conveniente que sería el que se sancionaran ordenanzas prohibiendo esas exhibiciones, nos contestó, con irónica intención:

—No lo creo necesario. En el Brasil cada uno hace lo que quiere... Por algo es “terra de libres”.

Cuando fuimos a San Pablo, al repetir estas observaciones al ingeniero Plinio Branco, otro eximio municipalista, nos dijo lo siguiente:

—¡Pero eso no es nada! Han de saber ustedes que esa propaganda funeraria llegó a tales extremos en Santos que una empresa decía en sus anuncios: “Al que compre un ataúd grande se le regalará, “de yapa”, otro más pequeño”.

Se non e vero...

El espíritu mercantil de San Pablo no le impide tener los mejores hospitales, asilos, escuelas e institutos de investigación científica del país. Pero la caridad a la antigua, esa que generalmente no resuelve nada pero que nos reconcilia con el género humano, persiste sin duda en Bahía.

Para confirmarlo, relataré el siguiente episodio:

La Cámara Municipal de Bahía me recibe oficialmente. En la sala de sesiones, ubicado junto al sitial del presidente, escucho el discurso de salutación de un “vereador”. Contesto como es debido, pero lo más emocionante viene después. Se levanta la sesión para dar lugar a una breve tertulia. Me presentan a todos los miembros de la Cámara, entre ellos un jovencito de veintiún años, estudiante de derecho. El presidente me pone luego delante de un noble anciano, de figura consular, que debía andar cerca de los ochenta.

—Este querido amigo —me dice— además de ser un gran colaborador en las actividades de la Cámara, reparte casi toda su dieta entre los pobres de la ciudad.

Abrazo conmovido al anciano, quien me dirige una alocución sobre la fraternidad de los pueblos y los sentimientos cristianos.

Cuando me retiraba, digo al joven Ajax Baleeiro, que me acompañaba :

—Este viejito debe ser muy rico.

—Todo lo contrario. Es pobrísimo. Tanto lo es, que cuando se queda sin blanca, lo que le ocurre generalmente en la segunda quincena del mes, los pobres con quienes ha compartido su sueldo tienen que ayudarlo para que vaya tirando hasta que cobre de nuevo.

Apartándonos ahora un poco del paralelo, diremos algo sobre ciertas modalidades que son comunes a todos los brasileños.

Empezaré por los nombres y apellidos.

—Nadie puede considerarse verdaderamente brasileño —me dijo uno de mis nuevos amigos— si no ostenta por lo menos dos apellidos y un nombre de gran significación histórica o literaria.

Observando, en efecto, los nombres de la gente que iba conociendo pude advertir que el santoral católico estaba representado en una mínima parte. Por lo menos, no me encontraba con esos Mamertos, Robustianas, Expeditos y Pantaleones de nuestra gente del interior. La mayoría de los nombres de los brasileños tienen un origen glorioso o de leyenda: Arístides, Temístocles, Ajax, Tito, Euclides, Orlando, Milton, Plinio, Nelson, Alvaro, Aliomar, Lafayette, Franklin, Demóstenes, Lincoln, Octavio, César, Napoleón, Washington...

Puedo decir, a mi vez, que mi familia, aunque argentina, no ha sabido quedarse atrás: Alcides, Alcibiades, Alejandro, Silvio, Roxana, Teodora...

—Pero... ¿es que en el Brasil —pregunto a mi solícito amigo— no hay Pedros y Juanes?

—Si... los hay, y los ha habido siempre. Pero esos nombres vulgares los teníamos reservados para nuestros reyes y emperadores.

El argentino que llega al Brasil sin dominar el idioma tiene que ponerse en guardia ante ciertos chascos idiomáticos.

Cada vez que pedía una comunicación telefónica, tanto la telefonista del hotel como el telefonado me decían: ¡Pronto! ¡Pronto!

Entonces yo me precipitaba, creyendo que me decían: “¡Hable de una vez... apúrese!”. Y como no dominaba el idioma, o del otro lado no me entendían, rompía en una verdadera jeringoza.

Después me enteré que el “pronto” equivale a nuestro “hola” y al “aló” de los franceses. También en las comunicaciones telefónicas cada vez que hay que formar un número que lleva seis, se dice “media duzia”, es decir, media docena. Ello es porque fácilmente se confunde “dois” con seis.

Cuando un brasileño le diga que una calle tiene veinte metros de largo no hay que pensar que se trata de una callejuela sino de una amplia avenida, “Largo”, en portugués, equivale a “ancho” en nuestro idioma.

De los días de la semana sólo existen el sábado y el domingo con denominaciones propias, aunque el domingo es, además, la “prima feria”. Los otros días, hasta el viernes, son segundos, tercera... sexta “feria”.

—Pero, feria —pregunto— ¿no quiere decir fiesta o feriado?

—Así es, en efecto.

—¿Por qué se trabaja entonces?...

La pregunta quedó sin respuesta.

Un “casal” significa en portugués un matrimonio de personas. En castellano lo es también, pero sólo de las aves. Los diarios anuncian en sus sociales la llegada de un “casal”. En el tren oí que un vendedor ofrecía: “¡Basoura, rica basoura!”. Compre “basura”, y no tuve de qué arrepentirme. Se trataba de un exquisito manjar.

El dinamismo del brasileño es algo que llama la atención. Aun en Bahía, la ciudad del pausado vivir, la gente no conoce la siesta. Los negocios cierran a mediodía sólo de doce a trece horas.

Cuando alguno de nuestros amigos nos proponía una excursión, señalaba, generalmente, las dos de la tarde, pero nosotros la postergábamos para las cuatro. Eramos los únicos habitantes de Bahía que dormían la siesta.

Encontrándome en Araçatuba, una ciudad del oeste paulista, cercana a las márgenes del Paraná, al despuntar el alba me asomé a los balcones del hotel. Contemplé, con sorpresa, una gran

muchedumbre; hombres, mujeres y niños, que atravesaban la plaza y calles laterales, marchando en determinado sentido. Pensé que irían a misa, pero ví también al señor cura, que pasaba con una pequeña cesta en sus manos.

Me vestí rápidamente y en dos saltos estuve en la calle. Seguí a los transeúntes y a las pocas cuadras di con una inmensa feria al aire libre, en la que se vendían toda clase de productos comestibles. El famoso "palmito", que es plato carísimo en los hoteles de lujo de la Argentina, ahí se vendía por menos que nada en gruesos trozos que pesarían alrededor de una arroba.

Había también bananas de cerca de medio kilo cada una. Me le apunté a una docena, pero la vendedora me dijo:

—Estas bananas sólo son para freír. Si las quiere buenas y para gustarlas de inmediato, elija de las más pequeñas.

El brasileño se multiplica en sus actividades. Puede ser político e industrial a la vez, caso raro en la Argentina. El profesional brasileño suele improvisarse perito en materias que parecerían ajenas a sus menesteres. He mencionado, en una conferencia, el caso extraordinario de Ruý Barbosa, que fué transformándose, sucesivamente, en periodista, orador, constitucionista, financista, internacionalista y filólogo eminentísimos, a medida que se lo iba exigiendo su larga y accidentada carrera política. En Río de Janeiro, dos abogados y publicistas notables están al frente de las dos reparticiones de estadística más importantes de la República. Rafael Xavier es secretario general del Instituto de Geografía y Estadística, con centenares de empleados a sus órdenes en todo el país. Teixeira de Freitas, que ocupó anteriormente dicho cargo, está hoy al frente del Departamento de Estadística de Educación y Salud Pública. En San Pablo, el ingeniero Plinio Branco escribe obras jurídicas, con especialidad sobre servicios públicos, rivalizando con Meirelles Teixeira y Carvalho Pinto, profundos juristas que son, a la vez, técnicos en finanzas.

Una de las grandes sorpresas que me ha deparado el Brasil ha sido la benignidad de su clima. Solemos soportar en Santa Fe días agobiantes de calor húmedo con más de cuarenta grados

a la sombra. Las isothermas y los metereólogos nos habían enseñado que se debe calcular el aumento de un grado por cada cien kilómetros que se avanza en dirección al norte. Midiendo distancias, pensé, con bastante zozobra, que cuando llegara a Bahía la temperatura se habría elevado un poco más arriba de los cien grados de la ebullición. ¿Me resignaría a regresar a la Argentina en la forma de momia egipcia o de fruta desecada? ¡Soberbio chasco! Nuestro viaje se llevó a cabo en el mes de noviembre y primeros días de diciembre. No sé si fué suerte o casualidad, pero debo decir que en ningún momento experimenté esas temperaturas agobiantes de Buenos Aires, Rosario o Santa Fe. Mientras que en todo el norte de la Argentina, en verano la gente se recluye en sus casas a la hora de la siesta y los negocios se cierran de doce a cuatro de la tarde, en Bahía, ya cerca del Ecuador, la población circula animadamente por las calles. La única vez que experimenté verdadero calor, acompañado de una transpiración copiosa, fué al regreso, cuando el navío entró en las aguas del Río de la Plata.

Otra de las molestias de nuestro verano son los insectos. Puedo asegurar que en los tres o cuatro mil kilómetros de recorrido que hice en el Brasil no tomé contacto con un solo mosquito. Moscas llegué a ver muy pocas... y ninguna en la comida.

Ello no quiere decir que en este país no molestasen en tiempos pasados los insectos, pero gobiernos previsores resolvieron acabar con ellos en las grandes ciudades para evitar las enfermedades tropicales, que tan mala fama daban al Brasil.

San Pablo ha hecho tabla raza de sus tradiciones y reliquias. Sólo conserva el espíritu bandeirante, que han absorbido aun los cientos de miles de italianos que llegaron a sus tierras "per fare l'America". Cuando visité su Cámara Municipal, advertí que entre sus miembros, si bien había un doctor Ladeira, talentoso y bravo vereador, la casi totalidad de los apellidos terminaban en ini, en acho o en otta. Había dos vereadores de ascendencia japonesa. Otro encontré en Araçatuba.

El arte culinario de San Pablo es internacional, aunque predominan, como es de suponer, los spaghetti. En Bahía, en

cambio, existe el orgullo de su gastronomía típica. Cuando hice escala en Río, antes de partir para el norte, el diputado Aliomar Baleeiro, uno de los más inteligentes y arremetedores del Congreso, y que es, además, profesor de Finanzas, me proveyó de una minuciosa lista de los platos regionales típicos que debía gustar en Bahía. Ya he mencionado algunos, pero nada me dijo del agua de coco, ni de la fariña. La harina de mandioca o fariña se sirve cruda en todas las mesas y el comensal la mezcla con el alimento que más le plazca, ya sea el fiambre, la sopa o el postre. También suele presentarse, para el mismo objeto, un plato de arroz hervido sin condumio alguno, pero muy al diente.

Como un chico mimado y caprichoso —verdadero Don Fulgencio— me acostumbré a beber el agua de coco, buena para la digestión y para el hígado. Nunca faltó un garrafa delante mío, en la mesa, siempre hospitalaria y bien colmada, de don Alvaro Clemente.

Mi primer contacto con el agua de coco ocurrió, precisamente, en la “chacara” del diputado Baleeiro, en el barrio de Cabula. Atendidos gentilmente por su hijo Ajax, éste hizo que uno de los peones trepara por los troncos de las altas palmeras, llevando un machete en la cintura. Caían cocos como aerolitos, que otro criado partía también a machetazos.

Los paulistas no sólo han domesticado los ríos, cambiándoles el curso, sino que han llegado a hacer algo parecido con los animales. En un viaje a Campinas me fué dado contemplar, desde el camino, largas filas de pequeños carros cargados con la tierra de un desmonte que eran tirados por burros. Esto no tendría nada de extraordinario, pero es el caso que los jumentos hacían su trabajo sin que los guiara conductor alguno. ¡Economía de brazos y de tiempo! ¡Si cualquier día nomás estos paulistas nos van a dar la sorpresa de presentarnos vacas amaestradas, que después de autoordeñarse, nos venderán su propia leche, ya pasteurizada y envasada!

Un sistema de agasajar a los huéspedes oficiales, que yo aconsejaría a los funcionarios de mi país, es el que adoptara la Prefectura de San Pablo con nosotros.

Instalados en el hotel, se nos comunicó que un automóvil estaba a nuestra disposición en todo momento. No teníamos más que telefonar al garage de la Municipalidad, que cuenta con setecientos vehículos, entre automóviles y camiones, y preguntar por el chófer número tal. Así lo hacíamos, y cinco minutos después informaba el portero, por el aparato interno:

—El “carro” espera a la puerta.

Pero no es solamente el “carro” lo que debemos agradecer a los ediles paulistas sino el conductor que puso a nuestras órdenes. Alberto era un hombre amable, culto y discreto. El sabía llevarnos a los sitios más interesantes, conocía los edificios públicos y privados de singular estilo que eran dignos de verse. Nos conducía a veces por una determinada calle para que viésemos un árbol del trópico, que era único ejemplar en la ciudad. Al visitar monumentos e instituciones hacía de cicerone, dándonos las precisas explicaciones y nada más. Por él supimos lo del Cai - Cai.

Cabe agregar que el carro de Alberto es el que se pone a disposición de los diplomáticos cuando visitan San Pablo.

Dumont Villares, vereador municipal, ingeniero y hombre de grandes empresas, descendiente del famoso brasileño Santos Dumont que inventara los dirigibles en forma de habano, nos lleva a visitar el Barrio Industrial, por él fundado y organizado. Dumont Villares es socio de la firma que construyó y enderezó el Cai - Cai.

Con velocidad cinematográfica, pero viéndolo todo, sin perder detalle, recorreremos fábricas y talleres. Vemos fundir el hierro, construir vagones de ferrocarril y hasta cajas de envasar. Más de cuarenta poderosas empresas han establecido ya sus industrias en el barrio. Ahí están los Matarazzo, los Rockefeller del Brasil. El Barrio Industrial, trazado bajo los lineamientos del más depurado urbanismo, lo contiene todo: parques, avenidas, barrio obrero, centro cívico, clubes, restaurantes y hasta una torre del reloj. Lo circundan los canales de los ríos Tieté, Píneiros y Jaguaré. Hay frigoríficos, estación de ferrocarril, usina, centros de investigaciones tecnológicas, escuelas, estación sa-

nitaria. Junto al Barrio Industrial se levantará la Ciudad Universitaria. Fatigados por el trajín, vamos a hacer estación en la casa del párroco, una apacible mansión en un lugar paradisíaco. El Barrio Industrial aun no tiene iglesia, pero ya tiene párroco. Es otro acto previsor de Dumont Villares. El sacerdote, hombre joven, de origen franco-canadiense, es todo un gentleman. Nos bendice ¡y en buena hora! con un exquisito licor que guarda en sus alacenas para los huéspedes.

El dinamismo de Dumont Villares, que hasta ha escrito un libro sobre planificación, es algo que asombra.

Prestes Maia, que nos acompaña, me dice en un aparte:

—Mitad idealista, mitad hombre práctico.

—Un paulista perfecto — le respondo —. Cabalmente, el tipo de hombre que necesita el Brasil.

Pienso en ese momento que también Prestes Maia, pese a su bonhomía obispal, tiene el mismo dinamismo y espíritu creador. Es otro de los hombres que necesita Brasil.

Cuando regresamos al centro, Dumont Villares, en menos de veinte minutos, nos ha llevado a las oficinas de la Light y a una repartición del Ministerio de Agricultura estadual, programándonos para los días siguientes dos excursiones de singular interés. Visitaremos Campinas, situada en una rica zona agro-pecuaria, y que fué años atrás el centro de la producción del café, con sus renombradas fazendas, cuyos propietarios vivían como príncipes. Navegaremos las aguas de la inmensa represa que ha construído la Light en la meseta, con la que obtiene fuerza motriz para mover las poderosas usinas que proveen de luz y energía eléctrica a buena parte del Estado de San Pablo. Las aguas bajan por enormes tubos, tendidos sobre la ladera de un cerro, desde una altura de trescientos metros hasta la usina situada en Santos.

Desde que se construyó la represa han aumentado las nieblas y precipitaciones pluviales en San Pablo, de modo que los bandeirantes no sólo han logrado regimentar el trabajo de los asnos sino que han modificado el clima de la región. Como lo dijéramos en el comienzo, estamos a la expectativa de la noticia que nos informe de su primera excursión interplanetaria.

Los paulistas habían arrasado sus bosques vírgenes, de los que existe una buena muestra en las montañas que atraviesa la vía Anchieta, que comunica a San Pablo con el puerto de Santos. Los talaron para establecer las plantaciones y porque necesitaban combustible. Pero el Estado de San Pablo vuelve hoy a ser de nuevo un país boscoso. Por lo menos, es lo que hemos visto en nuestro viaje a Campinas y cuando veníamos de Río. Los campos cultivados se van alternando con fajas de bosques artificiales, eucaliptos casi siempre, que deben ser de una clase muy especial, pues se los utiliza hasta para durmientes de ferrocarril.

Este es otro índice del espíritu realizador de esta gente. Mientras en la Argentina llevamos medio siglo hablando de una reforestación que nunca se hace, los paulistas, sin tanta prédica ni alharaca, ya la han realizado.

Si se necesitase algún ejemplo para demostrar como una norma jurídica puede cambiar hasta el aspecto material y las formas de vivir de un pueblo, podríamos señalar los resultados de la ley sobre propiedad horizontal, sancionada en Brasil en 1928, y que en la Argentina se adoptara hace apenas dos años. Esta ley, que permite la propiedad por pisos o apartamentos, ha hecho posible la construcción de enormes edificios en Río y San Pablo, lo que entre nosotros sólo era privativo de millonarios o poderosas empresas. En el Brasil un grupo de modestos propietarios podían levantar verdaderos rascacielos. Deploramos, no obstante, que esta edificación estilo colmena haya afeado a Copacabana y algunas grandes avenidas de Río de Janeiro.

Apartándonos ahora de los temas exclusivamente materiales o pintorescos, veamos otros matices del "modus" brasileño.

El brasileño, como todo latino-americano, se enorgullece de las bellezas de su patria, de su pasado histórico, de sus grandes riquezas, de su progreso y de su cultura, pero este patriotismo no lo ciega, no lo induce a negar las grandezas de los otros pueblos. La literatura jurídica argentina figura profusamente en las bibliotecas públicas y privadas. Profesores y abogados están relacionados con las grandes librerías de Buenos Aires para proveerse de toda obra importante que aparece en nuestro

país. El universitario brasileño lee tanto en catellano como en portugués. No puede decirse que ocurra lo mismo entre nosotros.

En el campo de la literatura y de la historia el aislamiento es mayor, aunque en estos últimos años hemos conocido buenas traducciones de los más eminentes autores del Brasil.

En las conferencias panamericanas se ha resuelto efectuar una revisión de los textos de geografía e historia, con el fin de eliminar esas "mentirillas" de que se valen los autores para halagar la vanidad de sus connacionales, pero esto no se ha realizado aun como es debido. Quizá venga bien el relato de la siguiente anédocta:

Había ido a la Prefectura de San Pablo con el fin de presentar mis saludos al doctor Milton Improta, prefecto de la ciudad. Mientras hacía tertulia en el despacho del secretario de asuntos jurídicos, doctor Soares Lara, mis miradas se posaron sobre un cuadro al óleo, de grandes dimensiones, que representaba una batalla, o mejor dicho, un entrevero de gauchos e infantes.

Advirtiéndolo Soares Lara, con quien hemos hecho buenas migas desde el saludo, me dice, lleno de risa:

—Representa la batalla de Ituzaingó, que entre nosotros se denomina de "El Paso del Rosario".

—Efectivamente, le digo. Así debió llamarse. He leído las memorias del general Paz y del brigadier Iriarte, pero, en resumidas cuentas... ¿quién la ganó?

Vuelve a reir Soares Lara, sin darme una respuesta. Convenimos, no obstante, que los historiadores y los artistas no se ajustan siempre a la rigurosa verdad. Lo cierto es que Paz dice que la batalla, que él llama "de las desobediencias", fué decidida por los jefes de tropa, contrariando las órdenes de Alvear, que venía tocando retirada. Iriarte atribuye el principal mérito de acción a la artillería, que estaba bajo su mando, pero que Alvear se "olvidó" de mencionar en el parte al gobierno de Buenos Aires. Pedro Calmón expresa, a su vez, que la caballería argentina decidió la acción en su favor. Pero lo rigurosamente

histórico es que después del encuentro, en el que no hubo muchos muertos, cada ejército continuó en retirada, yéndose ambos a sus propios países. ¡Ojalá todas las batallas que en el futuro llegaran a empeñarse entre americanos tuviesen este glorioso final, es decir, que nunca haya en ellas vencidos ni vencedores!

Ha llegado el momento de contestar a una pregunta que debe estar a flor de labios en todos mis lectores. ¿Por qué el autor no se ocupa de los cariocas, al hablar de los brasileños, y por qué pasa por alto toda referencia a Río de Janeiro? Daré la respuesta en pocas líneas.

Río de Janeiro ha sido descripta, fotografiada y estereotipada por casi todos los escritores y viajeros que andan por el mundo. Nada nuevo podría agregar, ni nada podría decir sin quedarme corto en la descripción. Río de Janeiro, más que una ciudad, es un espectáculo: un telón de ópera. Además, en esta época del cine y la fotografía huelgan las descripciones minuciosas, tipo Emilio Zola o Víctor Hugo, que hoy ningún lector se resigna a acometer.

Tengo de Río una impresión un tanto incompleta. Por haberla recorrido siempre en automóvil, merced a la gentileza de mis amigos brasileños, no pude "ver" la ciudad. Según mi incorregible manera de viajar, a las ciudades, para verlas, se necesita hacerlo andando sobre los pies o, cuando más, en los vehículos del pueblo, tranvías y ómnibus que se detienen en todas las esquinas, y esto, sin cicerones ni apremios de tiempo. El automóvil debe emplearse excepcionalmente para las largas distancias. Sólo así pueden sorprenderse aspectos típicos, notas de colorido local y episodios que pocas veces captan los turistas que se sirven de la agencia Coock. Desde la cumbre del Corcovado, de un aeroplano o de la vagoneta del alambre-carril del Pan de Azúcar, no se ve la ciudad. Se mira una preciosa tarjeta postal.

Mi visión de Río es caótica; tiene algo de lo que se ve en sueños o en los delirios de la fiebre. Veo cerros, florestas, brazos de mar, islas, palacios, rascacielos, favelas, calles y barrios en distintos planos, cual si fuese la alocada acuarela de un pintor futurista.

Respecto de los cariocas, poco o nada podría decir, porque pese a haber permanecido varios días en Río, no tuve oportunidad de tratarlos. Río de Janeiro, como París, Buenos Aires y Nueva York, como todas las grandes capitales, es una ciudad de población flotante e importada, llena de turistas, de provincianos y de extranjeros. A los verdaderos habitantes de estas urbes no se los capta de inmediato. Pueden ocurrir sonados chascos. Hay grupos y sub-grupos. Son ciudades de alma complicada y con muy variados matices.

¡Cómo podría haber conocido a los cariocas si en una cena que me ofrecieron Rafael Xavier y Aliomar Baliro, de los cinco matrimonios que rodeaban la mesa no había una sola persona que fuese oriunda de Río; eran de Bahía, de Pernambuco, de San Pablo, de Curitiba... y todas sentían hondas "saudades" de su tierra nativa.

Río de Janeiro no es exclusivamente una capital política, ni un centro turístico, industrial o de cultura. Tampoco es plutocrática o proletaria. Río es todo eso junto: una pequeña síntesis del mundo. San Pablo y Bahía, en cambio, son definidas. Diría que San Pablo es una empresa y Bahía un estupendo museo.

Pero no podría dar término a esta crónica sin intentar siquiera una pincelada evocadora de Bahía, en contradicción con lo que acabo de expresar respecto de las descripciones de ciudades, que remito a la fotografía y al cinematógrafo.

Bahía es una fiesta de color. Las calles se van desarrollando ante las miradas del viajero en una sucesión de casas de frentes lisos, pero de intensos colores. Se ven amarillos, rojos, verdes, azules, rosas pálidos, lilas... De vez en cuando, aparece una blanca y reluciente fachada recubierta de mayólicas rameadas de finos arabescos. Las puertas y ventanas, también de vivos tonos, hacen contraste con las paredes. En las avenidas residenciales se ven chalets que emergen cual una llamarada entre el esmeralda de la fronda. El "confitado" Luis XV, con sus florones de argamasa, no llegó a Bahía, pero ya se ve el moderno funcional, con sus frentes blancos y lisos en algunos edificios públi-

cos: escuelas y hospitales. En los alrededores, la carmínea tierra del Brasil abre anchas heridas entre el verdor de los campos. Todo es alegre, limpio, acogedor. Las cabañas rodeadas de huertas, nos hacen pensar en gentes felices, libres de preocupaciones.

El Salvador, verdadero nombre de Bahía, es la ciudad de las iglesias. Llegó a decirse que eran tantas como los días del año, pero es sólo una leyenda. Serán cien o ciento cincuenta. Los bahianos, en sus cuatro siglos de existencia, aun no se han tomado el trabajo de contarlas. Aparte de que sería una estadística sin aplicación práctica, diremos que no es el número lo que hay que admirar sino el arte insuperable de su estilo arquitectónico, la magnificencia de sus altares, las riquezas que atesoran y las leyendas que las prestigian.

No cometeré la ingenuidad de engolfarme en una descripción de lo que ya se ha hecho en gruesos volúmenes por eximios expertos, pero diré que es difícil olvidar a San Francisco, sinfonía en verde y oro, a la Catedral y a las capillas de la Orden Tercera y de la Santa Casa de la Misericordia. Pero no son sólo los recintos destinados a los fieles; hay que visitar las sacristías, los refectorios, las salas nobles de las congregaciones y los claustros para ver primorosas obras de talla, magníficos artesanados, mayólicas, finos herrajes de plata y hierro, óleos y frescos de las mejores escuelas. El viajero puede emplear días y días sin que llegue a saciarse.

Cuando leí por primera vez "Brasil", de Stefan Zweig, más de una vez llegué a preguntarme —aflorando en mi subconsciente una pizca de celo patrioter— cuáles habían sido los motivos para que el insuperado novelador de vidas y de pueblos hubiera elegido este país por segunda patria, al sentirse desarraigado de su vieja y culta Europa. "Brasil" debe considerarse como una segunda parte de "El mundo de ayer", en que el escritor se despide, no sin cierta amargura, del ambiente de esas milenarias ciudades donde aun subsistía cierto quintaesenciado romanticismo; se despide de su querida Viena, que siendo capital de una pequeña república, seguía conservando el refina-

miento y la ostentación de su imperial pasado. Con el nazifascismo y la guerra habían desaparecido de Europa el gusto por las delicadas manifestaciones del espíritu, por la vida plácida, las tertulias literarias y la tolerancia en las ideas. Sus amigos y amigas habían sido aventados como briznas por una furiosa tempestad.

Cómo pudo haber elegido para su residencia definitiva, me decía, ese país de la zona tórrida, que si bien tendría paisajes estupendos, sería casi todo el año una especie de infierno, con un calor de horno y sus miriadas de mortificantes insectos. Confieso que mi patriótico celo no me inducía a creer que pudo ser la Argentina el país que debió atraer a un escritor de este estilo de vida. No eran, por cierto, nuestras ciudades, tendidas sobre la llanura, sin paisaje, ni aspectos notables u originales, donde el ganarse la vida lo es todo, los centros urbanos llamados a ofrecer asilo al novelista, pero ahí estaban Méjico, Bogotá, Lima y algunas viejas ciudades del Canadá, que conservan aún sus tradiciones intactas y su prestigio de viejos centros de cultura.

Al regresar del Brasil, después de un viaje que puedo calificar de maravillosa aventura espiritual, no sólo haré justicia a Stefan Zweig sino que debo decir que fué parco en sus elogios.

Si no he podido captar el espíritu carioca, menos aun pude lograrlo de los demás habitantes del Brasil. Se ha dicho que este país es casi un continente. Por sus variadas regiones y aspectos, por sus producciones y las razas que lo pueblan, reproduce, aunque en menor escala, el fenómeno de Rusia. Hay blancos y negros, indios y amarillos. Entre las naciones que han aportado su mayor contingente inmigratorio debemos mencionar, aparte de Portugal, a Italia, Alemania, España, Siria y el Japón. No faltan los nacionales de ascendencia judía, holandesa y francesa. He visto en el oeste paulista un periódico local editado en caracteres japoneses. Por supuesto que no me fué posible leerlo. Existen el hombre amazónico, el caboclo aun salvaje, el gaucho de Río Grande, el siranguero del Acre, el sertoneiro de Bahía, el navegante silencioso de los ríos y pantanales de Matto Grosso, el mi-

nero de Minas Geraes. Cada uno tiene físico, mentalidad, costumbres, indumentaria y medios de vida diferentes.

No es posible hablar, entonces, de un tipo de brasileño. ¿Cómo será la población del Brasil dentro de doscientos o trescientos años? ¿Se parecerá a la de Estados Unidos, que uniforma su espíritu y costumbres rápidamente, o será como la de Rusia, que ni el mismo comunismo ha podido fundir? ¿Habrán minorías raciales, como en los Balcanes, o religiosas, como en la India?

Volvemos a repetir que si tuviésemos que elegir lo más típicamente brasileño, tendríamos que buscarlo en los paulistas y bahianos. El bahiano es el hombre del viejo Brasil, que se enorgullece de sus tradiciones, permitiéndose, no obstante, hacer finas ironías acerca de ellas en conversaciones, crónicas y libros. El paulista no gasta ironías, ni posturas académicas; no hace alarde de sonrisas volterianas. Es un realizador, un constructor, que no tiene tiempo siquiera para gozar de su propia obra.

El bahiano es el pasado; el paulista el futuro. ¿Dónde está lo mejor del Brasil? Un literato, un artista, diría que en el hombre del pasado; los estadistas y hombres de ciencia que en el hombre del mañana. Afirmamos nosotros que en la mezcla de ambos. Cuando los paulistas, colmados de riquezas, hartos de ganar dinero, tranquilicen su espíritu para gozar intensamente de las bellezas de la vida y se rodeen del refinamiento del arte, y cuando los bahianos abandonen un tanto sus amables tertulias y ventilen un poco su ambiente de museo, el Brasil se habrá equilibrado.

Con profunda pena —¡por algo soy literato!— debo decir que Bahía ya está condenada. Se han descubierto en sus costas valiosos yacimientos de petróleo. ¡Pobres bahianos! Presto se impregnarán de olor a bencina. ¡Adios tranquilas “palestras” en torno a la mesa del café! A sus hijos no les será dado contemplar la vieja y bella ciudad, con sus calles y barrios originales, con sus iglesias barrocas y sus palmeras costeras. Me imagino ya a la futura ciudad, erizada de rascacielos, transformada en un colmenar de apartamentos, habitados por hombres que salen

apresurados en demanda de la fábrica, de la oficina, del negocio...

¡Dios nos brinde todavía algunos años más, doctor Alvaro Clemente, para que podamos gozar aún, en el transpatio de su hospitalaria casa, de amena y apacible charla, teniendo delante una colmada fuente de vatapá y una garrafa de fresca y cristalina agua de coco!

ALCIDES GRECA

